

Alejandro, despues de haber recibido de su hermano la noticia de esta expedicion, se habia apresurado en efecto á llegar á Paris.

Al fin se habian de cumplir sus mas ardientes deseos; al fin podia tomar participio en una gran expedicion científica y en un viaje que tenia por objeto explorar minuciosamente aquellos países, por los cuales se habia estusiasmado desde su mas tierna infancia y mas aún desde que conoció á George Forster.

Cuando se comienzan á ver cartas geográficas y á leer las descripciones de los navegantes, se siente por ciertos países y ciertos climas una especie de predileccion, de que no se puede dar cuenta en una edad mas madura. Las impresiones de esta clase ejercen entónces frecuentemente una influencia no insignificante en nuestras resoluciones, y como por instinto, tratamos de acercarnos á los objetos que habian tenido desde mucho mas ántes, un secreto atractivo para nosotros.

Cuando Alejandro de Humboldt, pecc despues de haber salido de la Universidad se ocupó del cielo, no para estudiar formalmente la astronomía, sino solo para conocer los planetas, sintió aquella congojosa inquietud que es extraña á los hombres que están acostumbrados á una vida sedentaria.

Le parecia imposible renunciar á la esperanza de mirar un dia aquellas constelaciones magníficas en el polo del Sur. Con el deseo impaciente de conocer los países ecuatoriales, no podia levantar los ojos hácia la bóveda

CAPITULO II.

Nuevo desengaño.

Era un grande y atrevido proyecto el que estaba basada la expedicion francesa hácia el mar del Sur, bajo el mando del capitan Vaudin.

Se querian visitar las posesiones españolas en la América del Sur, desde la embocadura del Rio de la Plata, hasta el reino de Quito y el istmo de Panamá. Las dos corbetas destinadas para esta expedicion debian llegar en seguida al Archipiélago del mar del Sur, á la Nueva-Holanda para explorar sus costas desde Vandiemensland hasta Ruysland, detenerse en Madagascar, y volver por el Cabo de Buena Esperanza.

estrellada, sin fijarse en la cruz del Sur y recitar los sublimes versos del Dante, relativos á estas constelaciones. (1)

Cuántas veces exclamaba en aquella época:

Io mi volsi a mandestra e posi mente
All' altro polo, e vidi quattro stelle,
Non viste mai fuor ch'alla prima gente.

Goder parca lo ciel di lor fiammelle,
O settentrional vedovo sito,
Poi che privato se' di mirar quelle. (2)

¡Y ahora debia ver las magníficas constelaciones, debia ver esas islas del mar del Sur, las ideales de Forster, esos países llenos de las mas preciosas maravillas de la naturaleza!

¡Oh, si el amigo Forster hubiese vivido aún para tomar parte en este viaje!

(1) *Voyage aux régions équinoxiales du nouveau continent*, par A. de Humboldt et A. Bonpland, tom. I. pág. 209. (Viaje de Alejandro de Humboldt á las regiones equinocciales del nuevo continente.) Traducción de Hauf pág. 183.

(2) Volteeme á la derecha y fácilmente
Miré hácia el otro polo, cuatro estrellas
Que no miró jamás, ninguna gente.

Gozaba el cielo con sus flamas bellas,
Del Septentrion, ¡oh solitario sitio!
Estás privado de mirar aquellas.

Pero Forster ya no existia.

La tormenta de la revolucion francesa le habia arrastrado. Como uno de sus mas ardientes adictos le enviaron los republicanos de Maguncia á Paris, para solicitar de la Convencion, que Maguncia entrara en la alianza de la libertad. Entónces el destino, que le habia perseguido tanto, se apoderó de él con manos de fierro. Vuelto á Maguncia, tuvo la desgracia de perder, al tomar los prusianos la ciudad, su fortuna, su biblioteca y sus manuscritos. A este golpe siguió otro no ménos fuerte, el divorcio de su esposa, que se casó con su permiso con su amigo Huber. En la India debia ocultar sus pesares, cuando la muerte, cuatro años despues de la época de que tratamos, hirió su noble corazón.

Alejandro habia sentido mucho su pérdida, y el doloroso recuerdo del amigo infortunado se le hacia mas sensible entónces, por sentirse él mismo mas contento, pues *el permiso de tomar parte en la expedicion, lo habia conseguido del gobierno francés, y se estaba preparando para el viaje, por lo que su espíritu se embriagaba con las esperanzas mas halagüeñas. Todo el mundo, toda la naturaleza se le debia abrir..... debian ser suyos en cierto modo. La naturaleza es para la contemplacion del hombre pensador, la uniformidad en la pluralidad, la combinacion de lo variado en la forma y composicion, y el contenido de las cosas y fuerzas naturales, como un vivificante conjunto. El resultado mas importante de estas ingeniosas investigaciones físicas es por consiguien-*

te, el conocer la uniformidad en la variabilidad, de comprender en lo individual todo aquello que nos presentan las invenciones de los últimos tiempos; el clasificar minuciosamente los detalles y sin embargo, no estar abrumado bajo su peso; teniendo presente el sublime destino del hombre, *de comprender el espíritu de la naturaleza, que está oculto debajo de la capa de los fenómenos.* (1)

De este modo pensó obrar Alejandro de Humboldt en el gran viaje, respecto de la naturaleza; de este modo esperó en un feliz anhelo, que su acción se extendiese mas allá de los estrechos límites de los conocimientos adquiridos, y que al fin conseguiria, al comprender la naturaleza, dominar la materia bruta con la contemplación empírica por medio de *las ideas*.

El que haya puesto toda su vida, toda su tendencia, todos sus deseos y esperanzas, en una palabra, *todo su ser* en una gran empresa, cualquiera que ella sea, y al fin, después de luchar por muchos años, después de miles de dificultades y contratiempos, logra su objeto, viendo cerca la resolución del problema de su vida; solo él puede comprender los sentimientos de Alejandro en aquella época.

Mientras llenaba su alma un bienestar indescriptible, un gozo indeleble, le hacian dichoso aún los mismos preparativos. Estaba aprendiendo el árabe; entró en relaciones con los naturalistas y matemáticos mas célebres

(1) Kosmos, part. 1.^a pág. 6.

de Paris, y su obra *Investigaciones sobre la composición de la atmósfera*, que habia comenzado ántes, la continuó entónces en union del célebre físico Gay-Lussac, emprendiendo experimentos eudiométricos (1) para una *descomposición química* de la misma atmósfera, repitiéndolos en todos los cambios de temperatura y de las estaciones, lo cual le hizo adquirir una gran fama por sus conocimientos, relativos á este importante ramo. Estas sábias investigaciones se ligaban con otras, que habia comenzado en las minas de Freiberg, es decir sobre *los gases subterráneos*. Tambien en este ramo trabajó Alejandro con empeño en union de Gay-Lussac, y principalmente con otro amigo á quien habia cobrado mucho cariño, y este era el jóven *Aimé Bonpland*.

Bonpland era un hombre amable, un verdadero francés; bien parecido, que fácilmente se impresionaba; de un exterior inteligente; ojos vivos, cabellos negros rizados, finas facciones, que llevaban el sello inequívoco de su nacion, manos y piés pequeños y un humor siempre alegre.

Habiendo estudiado medicina, interrumpió estos estudios por cumplir con la obligacion de ser soldado, y después de haber servido en clase de cirujano en una fragata de guerra que andaba como crucero contra los ingleses, volvió á sus estudios. El empeño con que pro-

(1) Eudiómetro se llama el aparato con que se determina la cantidad de oxígeno del aire atmosférico.

siguió en su carrera científica, así como sus talentos, le hicieron adquirir la amistad de Gay Lussac y de Corvissart, y estos hombres fueron los que le consiguieron el permiso de tomar parte en la expedición proyectada al mar del Sur.

Al jóven Bonpland había quedado de su carrera de soldado cierto aire militar, lo que le sentaba tan bien como su pequeño bigote, todo lo cual, unido á su carácter enérgico y audaz, le daba algo de vigoroso y caballeresco. Con esto no le faltaba de ninguna manera aquella mirada perspicaz, aquel reposo intelectual, aquella paciencia tenaz y perseverante en investigaciones científicas, que es tan necesaria al naturalista, mientras por otro lado poseía todas aquellas cualidades que hacen al francés tan amable en el trato social. Que su corazón fácilmente inflamable, no había sido creado precisamente para la fidelidad en el amor, de ello nada podía saber Alejandro, lo que tampoco le importaba; mas su fidelidad como hombre y como amigo debía demostrar el destino durante toda su vida.

El jóven Bonpland agradó sobremedera á Alejandro de Humboldt, así como el jóven sábio alemán había hecho la mejor impresión en Bonpland. Una unión amistosa resultó por consiguiente de las tendencias casi idénticas de ambos, y de este modo esperaban con ansia la salida de la expedición, para la cual se habían entusiasmado en igual grado.

Después de algunos meses de permanencia en París

por parte de Alejandro, éste había hecho todos los preparativos de viaje y gastado sumas considerables en la adquisición de los mejores aparatos, en cuya inspección minuciosa y empaque estaba ocupado, cuando entraron su hermano y cuñada al aposento.

La señora de Humboldt llevaba en los brazos á su hijo menor que tenía cerca de un año de edad. El chichuelo se había replegado á la madre, que de cuando en cuando le miraba con extraordinario cariño, así como á su esposo y cuñado. El pequeño Teodoro era un hermoso y robusto muchachito. Su rostro tenía esa expresión de una infantil é inocente alegría, aunque sus hermosos ojos morenos indicaban ya algo mas profundo. Sus rubios cabellos rizados rodeaban su cabecita redonda, y su boquita era una de las mas hechiceras que puedan imaginarse en un niño.

También Guillermo, de cuatro años de edad, que había entrado junto con Carolina, de seis años, era un hermoso niño, que reunía en sus facciones á una terquedad infantil, trazas de una extrema bondad. Carolina era la imágen de su madre. Amable en su continente, no podía ocultar con una gran dulzura cierto sentimentalismo, que por ser natural en ella, le daba algo de extraordinariamente interesante. (1)

—Buenos días, tío Alejandro, exclamaron á la vez

(1) Noticias de Varnhagen von Ense en su obra. "Galería de retratos del trato con Raquel." Tom. I. pág. 147

los dos niños mas grandes, saliendo gozosos á su encuentro, pues ambos le tenian un gran cariño.

—Buenos dias, hijos, contestó el tio, cuya alma, llena de esperanza, era en aquel dia todo luz y amor, y estrechó á los niños en su pecho, besándoles cariñosamente; pero el pequeño Guillermo se resistió extraordinariamente y juntó las dos manitas en la espalda con alguna inquietud.

—¿Qué tienes, hombrecito? preguntó sonriendo. Hazces una carita, como si quisieras mandar una batalla y ocultas tu mano, como si estuviera yo envenenado.

—Te quiere dar una sorpresa, dijo Carolina, y teme que se la quiebres.

—¿Sorprenderme? ¿Y qué cosa puedo quebrar? repitió Alejandro.

Entonces brilló en la carita del pequeño Guillermo una grande alegría y con la expresion de astucia infantil, pero tambien con cierto orgullo, entregó á su tio un estuche, del tamaño de una mano.

Alejandro le abrió..... De sus ojos brotaban lágrimas de ternura y de alegría; el estuche contenia un retrato de familia: representando á Guillermo, su esposa y sus tres hijos.

—No pudiendo acompañarte en persona en el océano dijo Guillermo, con voz temblorosa, lleva contigo este retrato, para que recuerdes en el gran desierto de la mar así como en los bosques de América, que en tu lejana patria dejas corazones que te aman.

—Hermano, contestó Alejandro conmovido, estrechando las manos á los dos esposos, no te hubiera olvidado ni á tí ni á vosotros, aún sin este retrato; pero así me agrada mas; él me servirá de amuleto en todos mis viajes.

Despues llegaron cartas de Kunth y de Leopoldo de Buch, dando á Alejandro la enhorabuena por el viaje proyectado. Tambien llegaron visitas, y al mediodia una mesa espléndida reunia á casi todos los amigos de la casa; porque Guillermo iba á festejar con una comida el participio de su hermano en la honorífica empresa del gobierno francés y su próxima partida. Corrió el vino de Champagne y la conversacion era muy animada, ingenio y buen humor predominaba en todos, pues entre los concurrentes se distinguia principalmente el joven Bonpland, por su extremado gozo. Solo una cosa sorprendia, y tenia algo de misteriosa.... no habia venido Gay-Lussac el primer amigo de la casa y de Alejandro.

Estaban discutiendo, qué reino de la naturaleza debia tener la preferencia. Entonces tomó Bonpland el vaso lleno de Champagne y le bebió al honor "de los hijos de Flora," diciendo con entusiasmo:

—¿No convierte el mundo de las plantas la tierra en un paraiso? ¿No nos dá, considerándola en el punto de vista práctico, alimento, bebida, vestidos, combustible, muebles y otras mil comodidades, perfume y colores de flores, medicamentos y..... la imágen de lo mas bello

que hay sobre la tierra.... . la imagen del amor y de la mujer?

—Pero esto cuesta muy caro, contestó la Sra. de Staël, sonriendo. En cambio nos entregamos á ella enteramente.

—Y ella nos vuelve á dar una cubierta verde sobre el lugar del reposo, contestó Bonpland.

—Confieso, dijo la Sra. de Humboldt, que doy la razon á nuestro amigo. La vida del animal es una eterna inquietud é inconstancia; pero la vida tranquila de las plantas se asemeja á la imagen del sábio, que aunque trabajando silenciosamente, nos procura sin embargo inmensos frutos. Las flores hacen la felicidad terrestre de muchos miles de seres.

—Rousseau esperó hacer guirnaldas en el Eliseo para los buenos y verdaderos hombres, dijo la Sra. Staël.

—Y Linéo, dijo Benjamin Constant, recobró varias veces la salud por la alegría de haber encontrado una nueva planta.

—Pero tambien se enfermó una vez muy sériamente, añadió Lalande, cuando el jardinero del jardin botánico habia quitado de una planta de una cochinilla recién llegada de Surinam, *los insectos todavía vivos y..... los mataba.*

—¿Puede haber una cosa mas terrible, exclamó el jóven Bonpland, que ver destruidas tan repentinamente sus mas bellas esperanzas?

—¡Esperanzas mantenidas por años enteros! dijo Ale-

jandro de Humboldt. Por otra parte, debemos muchísimo nosotros los alemanes, al cultivo de las plantas. Si no nos hubieran traído nuestros abuelos los árboles frutales y la viña de Italia y de Galia, nos debiamos contentar aún hoy en el dia con peras y manzanas silvestres, con servas y ciruelas de las solvas y nuestra querida patria seria todavía la Germania de Tácito *«sylvia horrida, frugiferarum arborum impatiens.»* (1)

—Y, dijo la señora de Humboldt, para miles de hombres que viven solos, las flores son un mundo, un consuelo y en fin son todo. En el reino vegetal hay algo dulce, puro y vivificante. Para tener atractivo como las plantas, tienen los animales demasiada vida y los minerales muy poca. Un desconocido, que ama las flores, ha conquistado de antemano nuestra confianza.

—¡En efecto! opinó Alejandro. Las flores son el amor del niño, que puede esperar todo, y el último amor de aquel, que nada tiene ya que esperar.

—Mas nosotros, exclamó Bonpland, lleno de alegría; nosotros esperamos enriquecer la ciencia con miles de nuevas plantas por nuestros descubrimientos; esperamos no solo aumentar nuestro saber, sino elevar á una escala superior la variedad de la Botánica por medio de métodos nuevos, hasta ahora desconocidos.

—Os tengo envidia, dichosos! dijo Lalande. Pues ¿quién no siente profundamente el goce que procuran

(1) Germania, llena de bosques y no teniendo árboles frutales,

los viajes de esta clase, y las investigaciones ligadas con ellas? Conozco por experiencia en mi observatorio astronómico, cuánta felicidad ofrecen al descubrir los nuevos descubrimientos. Mientras el ignorante coloca las luminosas estrellas en una bóveda celeste de cristal, el astrónomo hace mas extensiva la distancia en el espacio; pone límites en el número de nuestros mundos, solo para demostrar la existencia de otros innumerables grupos mas allá. El sentimiento de lo sublime, cuando parece originado de una sencilla contemplacion de la naturaleza y de la extension, tiene semejanza con el sentimiento solemne que pertenece á la expresion de lo infinito y lo independiente en las esferas, y de una ideal subjetividad en el imperio de lo infinito. En este parentesco, en esta relacion de las impresiones de los sentidos, consiste el encanto de lo ilimitado, sea en el océano ó en la atmósfera, ó en el universo en el cual la fuerza de nuestros grandes telescopios, sumerge profunda y respetuosamente nuestra imaginacion.

—Entónces no tiene razon Burke, observó la Sra. de Staël, en decir, que la admiracion y el sentimiento de lo sublime, tiene su origen únicamente en la ignorancia de las cosas de la naturaleza.

—Ciertamente no tiene razon, contestó Alejandro de Humboldt. Un tratamiento parcial de las ciencias naturales, y una acumulacion sin fin de material bruto, pueden en verdad contribuir á la preocupacion de antaño, de que los conocimientos científicos debian enfriar

los sentimientos, matar la fuerza creadora de la fantasía, y destruir de este modo el goce de la naturaleza. Mas el que alimiente aún en la época en que vivimos, esta preocupacion, desconoce en el progreso general de la educacion humana, los goces de una inteligencia superior. Para gozar de lo superior debe hacerse abstraccion de los detalles en el campo trabajosamente explorado de las formas especiales, y fenómenos de la naturaleza precisa mente por parte de *aquel* que haya reconocido su importancia, y en quien hayan originado opiniones mas elevadas. Con el progreso de los conocimientos aumenta tambien el sentimiento de lo infinito de la vida en la naturaleza, y con ello la dicha indescriptible de la contemplacion de la misma. Por consiguiente, si logramos realizar nuestro proyecto, no solo extenderemos nuestra existencia espiritual, sino tambien la de todos los hombres considerados individualmente.

—Pues amigos míos, exclamó entónces Guillermo de Humboldt, llenando dos vasos con vino de Champagne y tomando uno en la mano; seguid mi ejemplo y brindemos por el feliz éxito de la expedicion y por la actividad benéfica de los que toman parte en ella.

Ya iban á levantarse todos de muy buen humor..... cuando abrieron violentamente la puerta y entró Gay-Lussac, pálido como la muerte. ¿Por qué quereis brindar? exclamó con ojos desmesuradamente abiertos.

El dueño de la casa repitió sus palabras.

—Entonces deteneos! dijo Gay-Lussac, con dolor; y haced pedazos vuestras copas en el suelo.

—¡Por amor de Dios! exclamaron algunos; ¿qué ha sucedido?

—¿Amigo? dijo Alejandro que no pudo hablar mas por la emocion.

—¿Lo qué ha sucedido? exclamó Gay-Lussac, sentándose en un sillón; la guerra maldita está declarada, y toda la expedicion al mar del Sur, que prometia producir ópimos frutos á la civilizacion y al Estado y una tan vasta extension á la ciencia..... ya no se verificará. (1)

Un grito de sorpresa salió de los labios de todos. Alejandro parecia una estatua de alabastro.

—¿Y porqué no se verifica? preguntó Bonpland, que se habia puesto tan pálido como Alejandro. ¿Qué tiene que hacer la guerra con la ciencia y con nuestra expedicion?

—¡Muchísimo! contestó Gay-Lussac con muy mal humor. El gobierno ha dado en el acto la orden de detener los fondos destinados para la expedicion, á fin de emplearlos en la guerra.

(1) Viajes á las regiones equinocciales del nuevo continente. Tom. I. pág. 43.

—¿Y lo sabeis de cierto? preguntó Alejandro en tono lúgubre, despues de un momento de sorpresa general.

—¡Es muy positivo! contestó Gay-Lussac; pues acabo de venir del ministerio de la guerra.

Un silencio sepulcral reinó entonces en el aposento. Una grande y bella esperanza se habia perdido.